

En la abarrotada sala de urgencias del hospital San José, Adriana lloraba angustiada, rezando por su esposo Agustín y su hija Elena tras enterarse del accidente. Aún no conocía los detalles del incidente, pero de pronto, entre la multitud, vio a Agustín venir, pálido, aunque sin ningún rasguño. Llorando, lo abrazó.

—¿La niña? ¿Cómo está? ¿Qué pasó? —preguntó desesperada.

—Elena está bien, no te preocupes —susurró Agustín.

Adriana, aliviada pero furiosa, exigió explicaciones. Agustín le confesó que perdió el control del auto en una curva por ir a exceso de velocidad en ruta El Toyo.

—Sabes que odio ese camino, ¡tantos irresponsables! —reprochó ella.

—Perdóname, Adri. Fue un error. Jamás querría lastimarlas —dijo él tomando sus manos y besándolas. —Siempre te he amado Adri, eres lo mejor que me pasó en la vida —declaró, mirándola a los ojos.

En ese momento, un enfermero llamó a Adriana y disparada corrió hacia la mampara donde un doctor, con rostro serio, la esperaba.

—Doctor, ¿Elena está bien? —preguntó.

—Su hija está estable, fuera de peligro dentro de su gravedad —respondió el doctor—. Pero su esposo no lo resistió. Lo siento, hicimos todo lo posible.

Adriana, aturdida, miró hacia donde había estado Agustín, pero no había nadie. El peso de la verdad la envolvió: él se había despedido para siempre.